

podia parecer excusable, y aún tal vez honroso equivocarse sobre la autoridad de un hombre tan grande; á excepcion de un pequeño número de hombres á quienes su vasta erudicion puso á cubierto de la injusticia general, quedó establecido y sentado por verdad inconcusa, que la España no ha producido mas hombre que Cervántes, ni mas libro que el *Quijote*. Sin embargo es bien cierto que se engaña mucho el que cree conocer nuestra literatura el dia que lee este rasgo satírico á que parece reducirla Montesquieu, pecando por esta vez contra todas las reglas de verosimilitud y probabilidad, y aún incidiendo en una contradiccion palpable. Tan cierto es que no podemos ser injustos sino por un vicio de lógica. Con efecto, era muy difícil que el *Quijote* tuviese un mérito tan eminente como el que se le confiesa, sin que hubiesen precedido á Cervántes muchos hombres; y últimamente, no puede ser haber leído el *Quijote*, y desconocer la existencia de otros libros. ¡Qué maligna estrella parece presidir á la suerte de nuestra nacion! ¿Por qué aciaga casualidad tiene que quejarse de la injusticia de un hombre, á quien debe sus triunfos mas distinguidos la justicia eterna de los derechos de todos los hombres, y de todas las naciones?

Despues de haber hablado de Montesquieu, no citaremos á ninguno de los otros escritores extrangeros, que han tratado nuestra literatura con un desprecio injusto. Si hemos hablado de este, es por lo que hemos creído deberse á la influencia y prestigio de su nombre, y particularmente porque el respeto que nos inspira, conciliándose con nuestros principios, nos reducía sin violencia á la agradable necesidad de no traspasar los límites justos de la queja, y aún de dulcificarla por cuantos medios podia sugerirnos la deuda de la admiracion y del reconocimiento.

En cuanto á nosotros, confesando francamente que no podemos oponer á la Italia un Taso, ni á la Francia un Racine, no dudamos tampoco afirmar “que la España, que por tantos títulos, y de una manera muy digna, pertenece á la historia de la literatura antigua, desde que el

estado de la civilizacion en el Occidente permitió que hubiese en esta parte de la Europa una literatura, merece tambien ocupar un lugar apreciable y distinguido entre las naciones que figuran en la moderna literatura europea.”

P. MENDÍBIL, *Bibliot. select.*

EL SEÑOR BENÉFICO.

¡QUE no pudiera yo trasladaros de repente en medio de sus estados, donde se os presentase á cada paso un testimonio de su caridad, donde resonasen continuamente en vuestros oídos las alabanzas de su beneficencia! Bienhechor le aclaman los ancianos y los niños, bienhechor las hijas y las madres, bienhechor las esposas y las doncellas: los campos y las poblaciones, los templos, los edificios públicos y particulares, todo está sembrado de sus beneficios, y por todas partes suben sin cesar al cielo sus bendiciones. Venid, Señores, venid conmigo, llegad á aquellos robustos labradores, que tal vez oyeron á sus padres hablar de tiempos en que al atraso de un dia les ocasionaba un año de miseria, y en una mala cosecha lloraban la entera perdicion de su desgraciada familia: llegad, nombradles al Marques de Santa Cruz, y os contarán que desde que entró á gobernar sus pueblos, se acabaron para ellos los males temporales y los temores. Si alguna calamidad los imposibilitaba para pagarle sus rentas, no por eso desmayaban, porque su compasivo Señor se cargaba con sus calamidades, perdonándoles sus atrasos. Si carecian de granos que afianzasen en la siembra la esperanza del año, los graneros del Marques estaban abiertos á todas horas, y eran el tesoro de los pobres y el remedio de los necesitados. ¿Les arruinaban las lluvias ó el peso de los años aquellas habitaciones frágiles y toscas, pero respetables por la inocencia de sus dueños? al instante se aparecía la mano del Marques, y se las reparaba, ó les

edificaba otras nuevas. ¿Se les moria algunos de aquellos pacíficos animales que partiendo con el hombre los trabajos y las labores, le ayudan á ganar su sustento? al punto acudia el Marques de Santa Cruz, y dándoles otros en lugar de los perdidos, enjugaba sus lágrimas, y con la salud de una familia conservaba la esperanza de muchas generaciones. Hasta las enfermedades se quebrantaban en el escudo de su beneficencia, perdiendo las amarguras de ánimo con que afligen á los que se hallan imposibilitados para mantener la menesterosa familia que rodea su lecho doloroso. El Marques franqueaba todos los medicamentos, ocurría constantemente á todas las necesidades, desterraba todos los temores, y sólo tenían que atender los enfermos á recobrar la salud, y á prolongar con su vida su agradecimiento. Pero si la muerte, triunfando de todos los remedios y cuidados, arrebatada por fin su víctima: si las esposas lloraban el desamparo de la viudez en medio de los huerfanitos, que asidos de las maternales ropas, se cubrian con ellas los rostros, y las bañaban con sus lágrimas desvalidas. . . . Llorad corazones justamente angustiados, llorad objetos dignos de toda la compasion de los hombres, llorad amargamente la pesadumbre de una pérdida irreparable. No: jamas, en toda la vida se reparan las pérdidas de un amor verdadero, ni hay poder en toda la tierra que nos restituya el esposo querido, el padre tierno, que una vez llegaron á trasponer la funesta losa del sepulcro. Llorad la falta de vuestro cariño, pero no la de vuestra fortuna; porque en tanto que dure el Marques de Santa Cruz, no carecerán de amparo las viudas, ni de sombra paternal los huérfanos. Llevadlos, madres solícitas, llevadlos á esas escuelas, á esos templos de educacion erigidos por vuestro Señor en cada una de las villas del marquesado para desterrar con la ignorancia, la ociosidad y los vicios, que nacen del abandono de la niñez. Allí aprenderán los niños los conocimientos indispensables á todos los hombres, y las virtudes constitutivas de los buenos ciudadanos: y las niñas, instruyéndose en las labores y virtudes

propias de su sexo, se dispondrán para ser algun dia honor de sus padres, delicias de sus esposos, y felicidad de sus hijos. Y si la emulacion es la que ha de animarlos al trabajo, y despertar en sus ánimos la noble ambicion de aventajarse en el bien, el Marques ha establecido premios anuales de vestidos completos para aquellos que, venciendo en pública palestra á sus competidores, se manifiesten dignos del laurel de la victoria. ¡Qué esfuerzos de aplicacion no harán estos atletas para merecer el honor del triunfo! ¡cuántos adelantamientos producirá esta competencia generosa! ¡y cuánta gloria recogerán los vencedores para sí mismos y para todos sus deudos! Toda la familia se junta despues de la lid en casa de los premiados, y sentada al rededor de ellos, los admira embebecida, en tanto que su madre cuenta orgullosamente las hazañas de sus hijos en medio de las aclamaciones de aquellos sencillos oyentes. Se miran atónitos, los afectos crecen, pasan rápidamente de unos á otros, la imaginacion se inflama, se enagenan los ánimos, y entre las lágrimas involuntarias que derraman todos, levántase de repente un anciano respetable por sus canas, el abuelo del laureado, y estrechándole en sus trémulos brazos, le presenta á la asamblea, vaticinando los mayores prodigios de aquel niño, que empezó la carrera de la vida con tan faustos agüeros. “¡No lo verán ya mis ojos! exclama enternecido; pero este nietecito será dechado de aplicacion y honradez, y hará famoso en el lugar el nombre de sus padres, el mio y el de todos vosotros. ¿No es verdad? responde, recreo de mi vejez, no es verdad que no saldrán fallidos mis pronósticos?” Y pagando con un beso el sí que le dará el niño, bajando la cabeza continúa: “dichoso tú que has tenido la fortuna de vivir en tiempos en que un señor caritativo se desvela por hacernos felices! Levanta, hijo mio, levanta al cielo tus manecitas inocentes, pidiéndole que colme á nuestro bienhechor de prosperidades. ¡Plegue á Dios que goce tanta felicidad como á nosotros nos procura! Ojalá que el Padre de las misericordias, compadecido de nosotros, prolongue su

vida á par de nuestros deseos! Y si para conservársela es necesario que otro perezca, aquí tienes, ó Criador del cielo y de la tierra, aquí tienes la de este inútil anciano; y si no alcanza, aquí está la de esta mitad de mi corazón, toma este nieto. . .” El llanto ahoga sus palabras, todo el concurso queda en silencio; apenas se oye el nombre del Marques de Santa Cruz que vuela de lengua en lengua, en tanto que su amor se clava hondamente en todos los corazones.

D. NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS,
Elogio del Marques de Santa Cruz.

LOS DOS ARTISTAS.

En una callejuela sucia y oscura de Sevilla, habia una casa cuya fachada y distribucion desde los cimientos á las tejas han sido alteradas por adiciones, sustracciones y composturas sucesivas, hasta mudar enteramente de forma y cambiarla en otra, tan distinta y tan diversa de la que hablamos que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años ántes del de gracia de 1616 en que la presentamos á nuestros lectores.

En aquel tiempo consistia la tal casa en dos pisos, si se puede contar por tal una especie de camaranchon de suelo terrizo y de techo bajo que cubria las tres cuartas partes de la sala y al que se subia por una escalera de mano. Este sobrado ó zaquizamí es el que nos interesa conocer, y mas bien por satisfacer la curiosidad de algun lector ó lectora que se distraeria de nuestra relacion por el ánsia de adivinar el resto de la casa, dirémos que esta se componia á mas de la sala, de un patio grande y cuadrado, una cocina estrecha á un lado y una mezquina cuadra para un caballo al otro, cuadra á la sazón vacía, y sea dicho de paso para no volver mas á visitarla.

El camaranchon, ó sea sobrado de que hablamos, tenia dos ventanas opuestas, una que daba á la calle, y otra al patio que hemos mencionado. Cuando se alzaba la cabeza perpendicularmente, al subir el último escalon de aquella escalera, y al sacarla por la especie de escotillon que servia de entrada, se veian varios lienzos y tablas, imprimados, apomazados y listos para pintar, que estaban colgados en diferentes sitios de las paredes, advirtiéndose á primera vista que no habia entrado en la mente del que los puso, idea alguna de adorno ó simetría en su colocacion; pues unos estaban apareados, otros colgando por un ángulo, todos en despilfarro y al descuido, inclinándose mas á un lado que á otro, segun que el clavo sobre el que se balanceaban en equilibrio estaba mas ó ménos distante del centro del bastidor.

Algunas pinturas por concluir, algunos bocetos chispeando de imaginacion y viveza, la mayor parte de estudio, acompañaban á los lienzos y tablas, alternando con ellos en adorno y simetría.

Dos ó tres tablas pendientes de cuatro cuerdas y apoyándose en una de las paredes, sostenian y se plegaban en arco al peso de quince ó veinte volúmenes de poesía, filosofía escolástica y otros varios libros de matemáticas y pintura. Junto á ellos habia un rimero de dibujos, estudios de hombre, caprichos de pintor, países mal tocados y borrones segun se echaba de ver por algunos de ellos que habian rodado y que yacian esparcidos por el suelo. Y mas allá y sobre un sillón de encina y dos bancos que habia en el cuarto, otros papeles revueltos con una gorra, unos gregüescos desgarrados, una golilla bastante limpia aun, y un jubon de seda que colgaba de la silla, bañando una de las mangas en un ancho barreño, cuya agua sucia y aceitosa mantenía en remojo y fuera del contacto del aire que los secaria, cuatro ó cinco brochas y pinceles.

Una losa con su moleta aun sucia de albayalde descansaba sobre una mesa de nogal; un gran caballete y un lienzo

en él ocupaban el centro del cuarto, junto á una ventana y á buena luz de norte, entrando por la izquierda. Esta ventana, hábilmente cubierta de lienzo y papel ennegrecido, daba estrecho paso á la luz, que entraba en rayo vivo reflejando sobre la cara de un aldeanillo colorado y robusto, que en actitud grotesca enseñaba dos hileras de dientes anchos y afilados sin duda por el pan de telera, fingiendo la mas abierta y extravagante risa, con tales veras, que la hubiera comunicado al mas afligido espectador.

D. J. BERMÚDEZ DE CASTRO.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

FÁCIL fué pronosticar, desde el reinado de los Reyes Católicos, el riesgo que iban á correr las leyes fundamentales de Castilla; pero al notar el desacuerdo y demasía con que empezó á gobernar su nieto D. Carlos I., no pudo quedar duda de que la libertad tocaba á su postrer término, si no acudían los pueblos á su socorro. Un monarca falto de años y escaso de experiencia, nacido y criado en país extranjero, ignorante de las leyes, de las costumbres, y aún de la lengua de la nación que iba á regir, ministros flamencos, malvados y codiciosos, sacando á pública subasta los oficios y cargos, vendiendo las gracias del monarca, oprimiendo á los naturales, y colocando en los principales empleos á gente advenediza, que habia entrado en España como en tierra conquistada que iba á ser puesta á saco; sangrada Castilla de sus riquezas, y llevadas á naciones extrañas, no en cambio de comercio, sino como precio de injusticias; alzadas á puja las rentas de la corona, y recargadas las contribuciones mas onerosas; amagadas las exenciones y libertades de las ciudades mas favorecidas; menguados los privilegios de la nobleza, no en pro comunal de los pueblos, sino para quitar tambien ese

freno á la desbocada codicia de los extranjeros; tal era el estado de desórden en que se hallaba el reino, por confesion misma de los historiadores mas empeñados en acriminar el levantamiento de los castellanos.

Una circunstancia contribuyó á acelerarlo, colmando la medida á la paciencia de los pueblos, sobradamente reprimida hasta entónces: elegido el rey Don Carlos emperador de Alemania, para suceder á su abuelo Maximiliano, se aprestaba, de vuelta de las Córtes celebradas en Aragon, á ir á recibir la corona imperial, y convocó las Córtes para la ciudad de Santiago. Con esta resolucion se apuró el sufrimiento de los castellanos: ver á su monarca desatender los clamores del pueblo, y en vez de reparar sus agravios, partirse á naciones extrañas, dejando huérfano y desamparado un reino tan ofendido y esquilado por los extranjeros: ver á estos rodear el seducido príncipe impunes y como en triunfo, aprestándose á abandonar un país en que sólo dejaban descontento y lágrimas, para llevar al suyo los frutos de su rapacidad: convocar las Córtes, no con el objeto de resarcir los perjuicios públicos, sino con el de exigir por despedida nuevas y mas graves imposiciones que acabasen de enflaquecer el reino: señalar para la reunion de las Córtes (en vez de un pueblo en tierra llana de Castilla cual fuera la costumbre) una ciudad junto al extremo de la Península, como para facilitar á los que habian saqueado el reino la conduccion de su presa, poniéndosela mas cercana á los mares: en una palabra, cuanto podia ofender é irritar á una nacion pundonorosa, mal acostumbrada á sobrellevar la opresion y el desprecio, tanto concurrió á encender los ánimos de castellanos.

MARTINEZ DE LA ROSA.

FRAGMENTOS DEL HIMNO Á LA LUNA.

¡CUÁNTOS delitos, cuántos delirios ha abortado la razón humana abandonada á sí misma, y exaltada por las pasiones y por los extravíos de su idea! En las riberas del caudaloso Nilo, el ilustrado egipcio dobla la rodilla ante la vaca mugidora, y ofrece inciensos al espantoso cocodrilo, y el sangriento Odin recibe culto del escandinavo feroz. Los vicios mas vergonzosos son divinizados en la Grecia, y á las orillas del Orinoco, ó bien en las abrasadas costas de la Nubia una piedra informe, un tronco groseramente esculpido, es el fetiche ó el manitú ante el cual el indio inculto ó el africano indolente se postran con estúpido respeto. Sólo entre tantos errores parece el mas disculpable el del hombre que deslumbrado á la vista del sol y de los astros les dobló la rodilla, y tomó estas obras maravillosas de la potente diestra del Hacedor supremo por la misma Divinidad. Entre todos, tú ¡ó Luna! como la mas bella, como la mas resplandeciente y benéfica despues del sol, recibiste mas particular culto, viendo erijirse en tu honor los soberbios templos de Efeso y de Epidauro, con otros infinitos que son un testimonio de su reconocimiento á tus beneficios, y al influjo que ejerces sobre las plantas y los frutos de la tierra. Quizá llegará el dia en que extendidos mas y mas con la perseverancia y el estudio, los conocimientos humanos, se nos revele el modo con que tus emanaciones atraen y diversifican los jugos de la tierra; cómo, circulando por los árboles y las plantas, así como por el secreto seno de las mismas, haces brotar la flor brillante y aromática que encanta nuestra vista y recrea nuestro olfato; cómo completas el desarrollo y madurez de la fruta sazónada y deliciosa que satisface nuestro paladar con tan variados sabores; cómo, en fin, endureces los metales y las piedras brillantes, objetos de la codicia y anhelos del hombre.

Tal vez, tambien, llegaremos á conocer si es un rayo de

luna el que hace amar á la palmera, que balanceando sus flexibles ramas, parece saludar al compañero, sin cuya intermediacion permanecería estéril, y privada de los racimos de dorados dátiles, que caen suspendidos al rededor de su elevado y airoso tronco; ó bien si á sus órdenes los céfiros recorren las praderas, llevando en sus alas invisibles el polvillo fecundo, que pasa de unas flores á otras, haciéndolas que se reproduzcan, ó bien las pequeñas semillas que van á cubrir de verdor un paraje lejano del que las produjo. Sobrado sabemos ya del poder de la Luna para que el diestro jardinero y el labrador activo consulten su cambiante faz para elegir el momento de sus trabajos, que confian á su influjo, mientras el sol alumbra otro horizonte. Tambien varias flores quieren, hermosa Febea, brillar para tí sola. Míralas como permanecen cerradas, hasta que al acercarse la noche abren su cáliz, cuyos bellos matices te muestran, plegándose con presteza al presentarse en el oriente los primeros rayos del dia.

Tambien el ruiseñor melodioso, ese Orfeo de los bosques, consagra con preferencia sus cantos á la Luna. Si medio oculto en el follaje, descubre en medio de la noche tu plateada faz por entre las trémulas hojas, que con susurro blando parecen hacer un coro á sus brillantes trinos, su voz se eleva, torrentes de armonía parten de su pico torneado, y embelesado en sus propios conciertos, parece se empeña en superar con nuevos trinos los que acaban de parecer inimitables: las aves todas enmudecidas y cediéndole la palma, le escuchan silenciosas, hasta que, como si fuera propiedad del mérito el ser sofocado por la envidia y la ignorancia, la ronca y monótona voz de la rana viene á mezclarse á sus cantos embelesadores, logrando que ofendido de tan importuna competencia, enmudezca y se aleje, dejando el campo á su despreciable rival, que envanecida, juzgando un triunfo el que es sólo un signo de desprecio, une su voz á la de sus cenagosas compañeras, aturdiendo el bosque con sus ecos de victoria.

DA. VICENT, MATURANA.

LAS SILLAS DEL PRADO.

En risueño ademan y galante apostura, sugetada la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando á las cuatro estacibnes del año, que yacian acurruçadas á sus piés.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, habia relevado al Dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que véase el hijo de Latona libre aun por algunas horas de este cuidado que no lo es corto; ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar á los demas, miéntras cierran los ojos á la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo, en que el Dios de los membrillos cede á su hermana *la alta mision de propagar las luces* las tenia consagradas de tiempo inmemorial á tomar las cuentas de cargo y data á las señoras Musas allá en el Parnaso, y á despachar el correo, expidiendo desde aquel comité central sendas remesas de inspiraciones á todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia: ora fuesen príncipes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro, ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el Señor Apolo andaba tan ocupado que apénas le bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solíale acontecer á veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligacion matutina, hasta que ya muy corridas las horas se levantaba todo atortolado y corria á los piés del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesía habia de acabar por dejarle á buenas noches.

Hoy dia, bendito Dios, es otra cosa; pues ó sea que el

Númen Délfico se haya desengañado de la inutilidad de semejante trajin, ó sea (y esta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido á levantarse el abasto de las inspiraciones declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda salirse de ellas en cualquier parte y á poca costa, v. g. en los cafés ó en los cementerios; cosas todas mas fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, á riesgo de rasgarse el corbatin ó de ensuciarse los guantes. Con esto el Dios indefinido ha venido á quedar tan holgachon y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado á pasear su reluciente carro por el Olimpo, y á presidir (con superior permiso) las prosáicas aventuras de nuestro Prado Matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de Agosto en que despues de haberse divertido el buen señor en tostarnos las molleras descansando perpendicularmente sobre los tejados de Madrid, se halla sustituido por la *casta diva*, que con mas galantería y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba á los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena.

Llegado era el momento en que todos los heróicos ciudadanos se habian, en uso de su soberanía, retirado á acostar, y reinaba por todo el Prado el mas profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural é inusitado pareció dar vida y movimiento á aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el Dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, habia tenido la tentacion de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creeria que estos no eran mas que preludios para empezar á cantar; pero qué filarmónico ni qué poeta han visto ustedes que guste de cantar sin auditorio? Des-

pechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea que le pareció muy feliz; y fué que pues que los séres animados rechazaban su inspiracion, debia acudir á dispensarla á los inanimados, y usando como si dijéramos de una licencia poética, inspirar á las sillas que le estaban mirando sin decir "esta boca es mia."

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilon de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz: "¡Eh... señoras sillas... ah de casa...! (las dijo) Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aquí todas y entreténganme un rato, que ya me canso de tanta holganza; y tomen y reciban ese cacho de inspiracion que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase á poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervántes, y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo." Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del Dios, dejaron entender un bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, ó una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al monton, y dijo no sin muestra de enojo mal reprimido: "¡Ah, señoras alcorcoques! ¿será cosa de hablar todas á un tiempo y sin que nos lleguemos á entender? ¿ó habrán ustedes de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido á bien concederles? pues por vida de mi padre, que si me enojo, suspendo del todo esta *garantia*, y las dejo tan mudas como ántes. Pero vamos á cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner órden, instruyéndolas en las prácticas parlamentarias que veo que no le son familiares. Por de pronto salga aquí la mas vieja y cuide de hacerme una relacion clara y sucinta, sin ambages ni rodeos, entre tanto que las demas pueden irse formando en comi-

siones; y cuidado con las intrigas, que no estoy, juro á Brios, con intencion de perder el tiempo."

Dicho estó se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose todas unas á otras como que ninguna queria ser la mas vieja, hasta que convieta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antediluviana, agarróla Apolo por las greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro volvió á encaramarse en el pilon de la fuente, y la intimó con altereza que empezase su narracion.

"Yo, señor Apolo, dijo la silla, un tanto medrosica y mohina, soy natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 95 á 96: fuí destinada en mi tierna edad á autorizar con mi presencia la portería de un convento de monjas, y á sostener la descuidada persona del demandero, que me bautizó con el nombre de la Carraca, á causa de cierta analogía que pretendia encontrar entre mis suspiros y el desapacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Mas entrada en años, y reconocida mi injusta colocacion, fuí elevada al rango de silla capitana en una escuela de latin, en donde mi posesion era para los muchachos el último término de la felicidad, hasta que elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó, como quien nada dice, al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo el que regia perpétuamente los destinos municipales de esta capital (todavía no heróica) quiso introducir en ella una mejora que la proximidad del siglo XIX hacia ya necesaria: y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera á la corte, para servir de modelo á la organizacion de los móviles asientos con que pensaba sorprender á los madrileños en la famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine, pues, á Madrid, y todos los ingenios silleteros de la Corte se apresuraron á copiar mi estampa, en términos que me ví reproducida en sus manos, ni mas ni ménos que si fuera edicion estereotípica, pasando con mis compañeras á autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar. Entrado ya el siglo actual, y

mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado: y ya en posesion de este mi último destino, asistí á coronaciones y entradas régias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fuí una de las víctimas del dos de Mayo; escuché amores; ví aparecer y desaparecer grandezas; serví á conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Únicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años: que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuídole con el alquiler de ocho maravedís, he venido á producirle sesenta y ocho mil cuatrocientos treinta y dos maravedís, ó sean dos mil ciento cuarenta reales y maravedises; esto es, cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital."

Aquí calló la silla, interrumpida por un expresivo signo de desagrado del Dios bermejo, á quien no parecia complacer tan prosáica narracion. Con que despues de una breve pausa, encarando la severa faz á la preopinante; siempre fué de viejos charlatanes (exclamó) el aprovechar la ocasion de un tantico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino á ellos solos.

D. RAMON DE MESONERO Y ROMANOS.

AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE.

PARA que la muerte no nos tome desacordados de suvenida, pondrémos delante de los ojos del ánima, que vamos camino, y que las casas en que moramos son mesones ó ven-

tas donde anohecemos, segun aquello del Apóstol: No tenemos en esta vida casa hecha de mano de hombres; mas nuestra morada es eterna en el cielo: que todo el tiempo que vivimos en este cuerpo, estamos como peregrinos alongados de nuestra tierra. Por donde nuestro camino se compara á camino de romería, que no hace parada, segun aquello que dice David: Los peregrinos del cielo yendo iban, y lloraban sembrando sus buenas obras. Dice que caminaban andando, porque no hay ninguno que deje de caminar á la muerte; mas el que pone su aficion en la tierra, camina quedándose en el cumplimiento de sus apetitos. . . . El verdadero cristiano, que sabe que tiene la vida no para gozar de ella sino para ensayarse en hacerse vecino del cielo, tiene siempre delante de sí el blanco á que tira. Por no perder aquel blanco, no hay trance ni riesgo que varonilmente no sufra: y hace su cuenta que dia vendrá, que amaneciendo no le anochezca, ó anocheciendo no le amanezca; y que este dia no ha de tardar, pues en fin ha de venir. Demas desto debe hacer de cada dia toda una vida cumplida, y que haga cuenta que no tiene mas de aquel dia que tiene en presencia. . . . Si la diligencia que hoy tengo me hace cada hora mas diligente; por la misma razon la pereza de hoy se me aumenta mañana con nueva pereza.

De aquí se arguye el yerro de aquellos que estando en la juventud, proponen de hacer penitencia en la vejez: como es verdad, ó que lo dejan por pereza, ó por estorbo aparente, ó por esperanza de larga vida, ó por confianza en la misericordia divina. . . . Por cualquier de estas causas que deje de hacer penitencia en el tiempo presente, mientras mas anda el tiempo les crece mas esta causa, y se les torna el parto del erizo, que mientras mas se dilata, es peor á la madre, á causa de las puas de su hijuelo que cada dia se le paran mas duras: y tanto se puede dilatar el parto, que mate á la madre. De esta misma manera los buenos propósitos dilatados, como la dilacion sea causa de peoridad,